

CIUDAD ESMERALDA

Tour de force, 12

Jennifer Egan

Ciudad Esmeralda

Traducción de Carles Andreu

editorial  minúscula
BARCELONA

Título original: *Emerald City*
Copyright © 1996 by Jennifer Egan

© de la traducción: 2016 Carles Andreu
Revisión: Marta Hernández Pibernat

© 2016 Editorial Minúscula, S. L.
Sociedad unipersonal
Av. República Argentina, 163
08023 Barcelona
minuscula@editorialminuscula.com
www.editorialminuscula.com

Primera edición: marzo de 2016

Diseño gráfico: Pepe Far
Imagen de la cubierta: © iStock.com/Seb29

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona
Impresión: Romanyà Valls

ISBN: 978-84-943539-8-7
Depósito legal: B-5.702-2016

Printed in Spain

Para David Herskovits

Quiero agradecer los consejos y el apoyo que, durante los años que pasé escribiendo estos relatos, recibí de Tom Jenks, Daniel Menaker, Mary Beth Hughes, Ruth Danon, Romulus Linney, Philip Schultz, Diana Cavallo, Daniel Hoffman, Don Lee, Virginia Barber, Jennifer Rudolph Walsh, Nan A. Talese, Jesse Cohen, Diane Marcus, el National Endowment for the Arts, la New York Foundation for the Arts y la comunidad de artistas de Yaddo.

¿Por qué China?

Era él, no había duda. El mismo tipo. Lo vi de lejos y algo, la forma de su cabeza, o tal vez de la barbilla, me revolvió el estómago antes incluso de darme cuenta de quién era. Me acerqué a él esquivando a las acupuntoras, a los fitoterapeutas que aplicaban cataplasmas de color mostaza sobre las heridas sangrantes y a las vendedoras de aquellos zapatos de plataforma y pantalones acampanados de poliéster que, misteriosamente, llevaba todo el mundo en Kunming. Temía que fuera a reconocerme, pero entonces caí en la cuenta de que cuando me había estafado, hacía dos años, yo todavía no llevaba barba y que —según mis amigos de antes, que al verme se quedaban pasmados sin excepción— esta había transformado por completo mi fisonomía; para mejor, esperaba oír cada vez.

Éramos los dos únicos occidentales en aquel mercado al aire libre, que se encontraba a un largo trayecto en bici desde mi hotel y cuya sordidez no conseguía identificar con claridad. El tipo me vio acercarme.

—Eh —dijo.

—Hola —le respondí.

Era él, desde luego. Siempre me fijo en los ojos de la gente y los suyos eran de un gris verdoso muy peculiar, brillantes y con unas pestañas largas, como las de los niños.

Cuando lo conocí vestía traje y llevaba coleta, la imagen que en aquella época identificaba a los inversores cañeros. Bastaba un vistazo para imaginar la vida que llevaba: un Jeep Wrangler, unos esquís nuevечitos y una incipiente colección artística que, si hubiera tenido cojones para aventurarse más allá de Fischí, Schnabel y Basquiat, tal vez habría incluido alguna pieza de mi mujer. Era el tipo de neoyorquino ante el que los de San Francisco solemos quedar vagamente impresionados. Ahora llevaba el pelo corto y con trasquilones, y vestía una especie de chaqueta de punto.

—¿Llevas mucho tiempo aquí? —le pregunté.

—¿Aquí dónde?

—En China.

—Ocho meses —dijo—. Trabajo para el *China Times*.

Me metí las manos en los bolsillos; me sentía extrañamente cohibido, como si quien tuviera algo que ocultar fuera yo.

—¿Estás trabajando en algo ahora mismo?

—Drogas —dijo.

—Creía que aquí no había.

Se inclinó hacia mí, con una media sonrisa.

—Estás en la capital de la heroína de China.

—No me jodas —dije.

Se balanceó sobre los talones. Supe que había llegado el momento de despedirme educadamente y largarme de allí, pero no me moví.

—¿Has venido con un viaje organizado? —preguntó finalmente.

—No, con mi mujer y mis hijas. Estamos intentando coger un tren a Chengdu, llevamos cinco días esperando.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—*Mei iu* —dije, citando la omnipresente frase china que significa «no se puede». Aunque uno nunca sabe qué cosas o factores tendrían que cambiar para convertir ese *no* en un *sí*—. Eso es lo que nos dicen siempre los del hotel.

—A la mierda el hotel —dijo él.

Nos quedamos un instante en silencio y entonces el tipo echó un vistazo al reloj.

—Mira, si me esperas unos minutos seguramente pueda conseguirte esos billetes —dijo.

Se marchó y le dijo algo a un chino albino y lisiado que estaba agazapado al lado de un edificio, junto al mercado. El *China Times*, pensé: y una mierda. Como mucho se dedicará a vender heroína. Pero, al mismo tiempo, estar cerca de aquel tipo me producía una excitación innegable. Era un delincuente, lo sabía muy bien, pero él no tenía ni idea de que yo lo sabía. Me gustaba contar con esa ventaja sobre él, casi compensaba los veinticinco mil dólares que me había timado.

Montamos en nuestras bicicletas y nos dirigimos al centro de la ciudad. Con Caroline y las chicas siempre íbamos en taxi, que podía ser cualquier cosa, desde un coche hasta un carro tirado por un tipo delgado y sudoroso montado en una bicicleta. Me jodía que no pudiéramos ir los cuatro juntos en bici, como cualquier otra familia china. («¿Desde cuándo somos una familia china, Sam?», replicaba mi mujer.) Pero las chicas aseguraban que las aterrizzaba la posibilidad de caerse de la bici y terminar aplastadas por las densas y estruendosas columnas de ciclistas que hacían sonar inútilmente sus timbres metálicos. Yo, para mis adentros, sospechaba que lo que no les gustaba a mis hijas eran

las miserables bicis negras que usaban los chinos, a años luz de las bicis relucientes de cinco o diez marchas con las que habían crecido Melissa y Kylie.

Cuando coincidimos por primera vez, se llamaba Cameron Pierce. En esta ocasión, mientras pedaleábamos, se presentó como Stuart Peale, gritando para hacerse oír por encima del rugido atronador de los camiones que nos adelantaban. El nombre le iba como anillo al dedo, las dos veces: Cameron transmitía el aire impaciente, visionario, del tipo que cree que puede hacerte ganar un montón de dinero; Stuart era un tipo calmado y un agudo observador, ni más ni menos que lo que uno espera de un periodista. Le di mi nombre (Sam Lafferty) medio esperando que me ubicara, pero solo cuando mencioné la agencia de bolsa para la que trabajaba percibí un leve titubeo por su parte.

—Me he cogido un tiempo libre mientras me investigan —dije, para mi propio asombro.

—¿Y por qué te investigan?

—Por manipular las cuentas. —A pesar de mi desconcierto ante lo que acababa de revelarle, sentí el impulso absurdo de seguir hablando—. De momento es solo un asunto interno.

—Vaya —dijo, y me dirigió una mirada extraña—. Buena suerte.

Nos apeamos junto a un gran quiosco de hormigón, atestado de varias filas de personas que, con toda cordialidad, se empujaban y se abrían paso a codazos hacia un mostrador de venta de billetes, una actitud que ya había decidido que era exclusivamente china. Stuart se dirigió a un funcionario uniformado en un chino vehemente pero (me pareció intuir) chapurreado, señalándome una y otra vez. Al final, a regañadientes, el funcionario nos condujo hacia

una puerta lateral y a través de un pasillo sucio y mal iluminado, que tenía el aire roñoso e institucional de los colegios públicos donde había estudiado de niño y a los que me había asegurado de que mis hijas no tendrían que acercarse en la vida.

—¿Adónde dijiste que ibais? ¿A Chengdu? —preguntó.

Habíamos entrado en un despacho desvencijado. Sentada detrás de un escritorio había una mujer de aspecto militar, que parecía profundamente contrariada ante la intromisión de Stuart.

—Sí... Cuatro personas —le recordé.

En cuestión de minutos, le había entregado un fajo de dinero a Stuart y él me había dado los billetes. Volvimos a salir a la tibia, polvorienta luz del sol.

—El tren sale mañana —dijo—. A las ocho y media de la mañana. Solo ha querido venderme billetes de primera clase, espero que no sea inconveniente.

—No pasa nada. —Siempre íbamos en primera clase. E imagino que Stuart, en su encarnación previa, también—. Gracias —dije—. Joder.

Él le quitó importancia al asunto con un gesto.

—No quieren que los americanos que están de visita tengan problemas —dijo—. Basta con explicarles lo que sucede y te lo arreglan.

Me tendió su tarjeta de visita, con la dirección en inglés y en chino, y el logo del *China Times* impreso en relieve. Seguía siendo todo un profesional, me dije.

—Vives en Xi'an —observé—. Es posible que pasemos por allí, a echar un vistazo a los guerreros de terracota.

—Pues dame un toque —dijo, aunque era evidente que no hablaba en serio.

—Gracias de nuevo.

—No hay de qué —dijo.

Entonces montó en la bicicleta y se marchó.

—¿Un completo desconocido? —preguntó mi mujer, ya en la habitación de hotel, donde la había sorprendido con los billetes de tren—. ¿Y te ha ayudado, así porque sí?

—Era americano.

Me moría de ganas de contarle que era el cabrón que me había estafado, pero ¿cómo iba a explicar que hubiera estado hablando con ese tipo y hubiera aceptado un favor suyo? Sabía perfectamente cómo lo vería Caroline: como un incidente más en la sucesión de cosas raras que había hecho desde que se había iniciado la investigación; la más reciente de todas, suplicar a mi familia que lo dejara todo y me acompañara a China. No era exactamente una depresión, sino más bien una presión extraña, una inquietud que me empujaba a vagar por casa a altas horas de la noche y a abrir las mejores botellas de vino de la bodega, que me bebía a solas mientras hacía *zapping* por los canales menos frecuentados de la televisión por cable.

—¿Dónde están las niñas? —pregunté—. Les he comprado unas navajitas para que monden las peras.

—¿Les has comprado navajas?

—Bueno, pequeñas —repuse—. ¿No te has fijado en que las viejas están siempre pelando peras? Sospecho que tienen algo en la piel que es mucho mejor no comer.

Caroline había lavado sus bragas y sujetadores, y los estaba tendiendo en los cajones abiertos del tocador. A finales de los setenta, antes de casarnos, habíamos pasado un año en Kenia, con el Cuerpo de Paz. Cuando estábamos allí Caroline lavaba la ropa de la misma forma y la tendía en unos cordeles que ataba de punta a punta en nuestra pe-

queña habitación. Yo solía observarla a través de aquella telaraña de cordeles y ropa interior: su pelo rojizo y sus ojos de mirada tranquila y profunda, que me hacían pensar en fragmentos de ámbar. Siempre me había gustado recordar aquella época, saber que el dinero, las casas y todos los viajes que habían venido a continuación no se habían llevado aquello por delante. Seguíamos siendo los mismos, me decía a mí mismo, los mismos que habían ayudado a los masái a reparar sus casas fabricadas con estiércol de vaca.

Caroline abrió una ventana e instantáneamente el olor agrio, corporal, de China invadió la habitación.

—Un completo desconocido... —dijo pensativa, sonriéndome—. Habrá sido por esa cara tan mona que tienes.

Mis hijas me delatan. Son dos criaturas rubias, con un aspecto que transpira dinero; antes solía jactarme —injustamente, ya lo sé— de su piel suave y sus naricitas respingonas, que, lo mismo que sus sonrisas ortodómicamente perfectas, les había proporcionado a un coste considerable. En Kenia los niños masái tenían los labios resecos y moscas en los ojos. Por motivos que se me escapaban, durante los últimos meses me abrumaba el recuerdo de su pobreza. Me sorprendía escrutando a mis hijas con mirada acusadora, como esperando que reconocieran de alguna forma la disparidad brutal que existía entre las vidas de los niños masái y las suyas. Pero su belleza parecía transmitir un aire de superioridad moral que me enervaba. Los Ángeles Vengadores, había empezado a llamarlas, para perplejidad de mi mujer.

No es que mis hijas fueran idénticas. Tenían diez y doce años, y la pequeña admiraba profundamente a la mayor, Melissa, cuyas dotes como patinadora sobre hielo la

habían convertido en una niña famosa, o casi, en su instituto. Asimismo, el mundo parecía coincidir en que Melissa era infinitesimalmente más encantadora que su hermana. Decidido a corregir ese desequilibrio, de un tiempo a esta parte me había convertido en un ardiente adalid de Kylie, la pequeña, una campaña que mi mujer deploraba y me suplicaba que abandonara.

—Tener favoritismos es horrible, Sam —me decía—. Melissa cree que la odias.

—Los favoritismos los tiene el mundo. Yo solo intento equilibrar la balanza.

Pero había una cierta torpeza por mi parte en el súbito aluvión de afecto con el que colmaba a Kylie. Ella sabía ponerse a la altura de las circunstancias y soportaba con el mejor de los ánimos nuestras salidas «especiales» al zoo, al Exploratorium y a Ocean Beach, donde marchábamos penosamente por la arena húmeda, pesada, deseando (o por lo menos yo lo deseaba) que Melissa —a quien había excluido burdamente y durante cuyas competiciones de patinaje fingía dormir— estuviera con nosotros.

Sin embargo, el odio que sentían hacia China y el profundo resentimiento que les inspiraba tener que pasar la mayor parte del verano en un país donde la gente se sonaba la nariz sin pañuelo había unido a Melissa y Kylie en un férreo motín contra mi persona. «¿Por qué, papá?» se había convertido en su lema desde el preciso instante en que había empezado el viaje: el barco de Hong Kong a Cantón y los días esperando para coger un avión a Kunming que, cuando finalmente había llegado, no habría inspirado menos confianza si lo hubiéramos montado nosotros mismos. «¿Por qué, papá?» Con el paso de los días, el objeto de aquella pregunta se había vuelto cada vez más

difuso: ¿por qué aquí?, ¿por qué todo esto? Pero se lo preguntaban al hombre equivocado.

Los edificios de Chengdu eran más nuevos y, por lo tanto, menos atractivos que los de Kunming. Recorrí las calles de la ciudad con impaciencia, con mi mujer y mis lánguidas hijas tras de mí. Tomamos té verde en una esquina húmeda, junto a un templo budista. La niebla tenía un olor químico. Había una chica asiática con unos ojos azul claro de lo más peculiares que nos miraba todo el rato.

—¿Tú crees que está loca, papá? —preguntó Melissa.

—Está admirando tu corte de pelo.

Melissa se volvió hacia mí, pensando que tal vez lo decía en serio, pero entonces se percató del ácido sarcasmo que recientemente se había convertido en mi forma de expresión preferida cuando hablaba con ella.

—Seguramente habrá tenido un padre como tú —murmuró.

—Seguramente no ha tenido tanta suerte.

Mi mujer resopló.

—Es ciega —dijo.

Inmediatamente me di cuenta de que Caroline tenía razón: la niña se sentía atraída por nuestras voces, que no comprendía, pero tenía la mirada vacía.

—Vayamos a Xi'an —dije—. Según dicen, es un lugar fascinante.

Melissa abrió la guía, examinó las páginas y leyó en voz alta:

—«Los guerreros de terracota de Xi'an son una de las pocas razones por las que merece la pena visitar Xi'an, un desierto urbano de manzanas uniformes y bloques de pisos de estilo soviético, pero una razón atractiva de todos modos.»